La convivencia entre Don Quijote y Sancho

Hablaré una vez más —¿cuántos lo hicieron, cuántos seguirán haciéndolo?— de nuestro Don Quijote y nuestro Sancho. Trataré de que uno y otro me acompañen y me confíen algunos de sus secretos.

Don Quijote y Sancho. Dos personajes, dos personas: un hidalgo manchego, del que nunca sabremos si se llamaba Alonso Quijano, o Quijana, o Quijada, o Quesada, y un labrantín, manchego también, Sancho de nombre y Panza de apellido, hombre de bien, si es que este título se puede dar al que es pobre, dirá su creador, y de más sal en la mollera de lo que haría pensar su primera fama.

Sabemos que el hidalgo y el labrantín, vecinos de un mismo lugar de La Mancha, se conocían entre sí, aunque su conocimiento no pasara de ser el muy exiguo que la relación de vecindad exige y entonces permitía la diferencia de clases. Sabemos también que ese trato se hizo mucho más asiduo y coloquial cuando el hidalgo, que ya había decidido llamarse Don Quijote de La Mancha, se resolvió a emprender su segunda salida del caballero andante y a tomar a Sancho como escudero. No poco hubieron de hablar entre sí para que esto sucediese. «Tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió...», nos dice el autor de su historia. Pero lo que ahora importa no es eso, sino lo que aconteció entre ellos desde la noche en que, juntos, uno sobre su jamelgo, el otro sobre su jumento, se echaron al campo de Montiel. «Sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona les viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no les hallarían aunque les buscaran.»

Vedlos a la luz del recién salido sol manchego. Sancho asentado sobre su rucio como un patriarca, con sus alforjas y su bota. Don Quijote erguido sobre los óseos lomos de Rocinante y harto más animoso y esperanzado que melancólico, porque su melancolía, que al final había de derramársele por las telas del corazón, la tenía entonces acantonada en el cerebro. Vedlos y oídlos. Sancho es el primero en hablar, según la letra de la historia: «Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo de la ínsula que me tiene prometido; que yo la sabré gobernar por grande que sea.» A lo cual responde Don Quijote: «Has de saber, amigo Sancho Panza, que fue constumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores a sus escuderos en las ínsulas o reinos que ganaban...» Y así sigue un diálogo que sólo terminará con la tranquila muerte de Alonso Quijano el Bueno.

Don Quijote y Sancho se han reunido y conversan. ¿De qué y para qué? ¿Cuál es el fin y cuál el sentido de su convivencia y sus diálogos interminables? Veámosles, oigámosles.

¿Para qué se reúnen entre sí dos hombres? Dejando aparte la relación sexual y la

familiar, dos hombres se reúnen entre sí, fundamentalmente, para abrazarse, para matarse o —simple y esencial forma de la convivencia— para estar juntos, con idea de hacer algo en común. Cuando la reunión se halla presidida por la mala voluntad, los hombres se encuentran entre sí para matarse, aunque la intención de matar no tenga otra expresión que la muy tenue y nada letal de la mirada. Magistralmente describió Sartre este modo de mirar. Cuando, por el contrario, es la buena voluntad la que ha dado lugar al encuentro, los hombres se reúnen entre sí para abrazarse en cuerpo y alma, como los amigos y los amantes que no se han visto hace tiempo, o, más sencilla y esencialmente, para estar juntos, para existir uno junto a otro poniendo en ejercicio alternante o simultáneo la compañía, la cooperación, la ayuda, el diálogo y el silencio.

Don Quijote y Sancho no se juntaron para matarse, ni con esa intención se miraron nunca. Tampoco parece que se abrazasen muchas veces. A Sancho le abrazan, cuando deja el gobierno de la ínsula y vuelve al redil quijotesco, el morisco Ricote, el Duque y la Duquesa; no Don Quijote, a pesar de su mutua y ya firme amistad. Don Quijote y Sancho conviven entre sí estando juntos en compañía, cooperación y mutua ayuda, en diálogo y en silencio. Y aquí, precisamente aquí está nuestro problema. ¿Cómo dos hombres se acompañan, y cooperan entre sí, y se ayudan, y mutuamente se oyen sus palabras y sus silencios, cuando es buena y no mala la voluntad que les ha reunido? ¿Cuáles son las intenciones que cardinalmente determinan su trato y cuáles los modos principales que su trato reviste? A mi entender, tres: la camaradería, la mutua ayuda —que en ocasiones llegará a ser genuina projimidad— y la amistad. Veamos, pues, cómo Don Quijote y Sancho son entre sí camaradas, ayudadores —o prójimos— y amigos.

La camaradería

¿Qué es la camaradería? Esencialmente, una relación cooperativa: la adecuada cooperación entre dos o más hombres para la conquista de un bien objetivo que interesa a todos ellos: el poder político, una victoria militar, un saber científico o la explotación de una mina. Es seguro que la camaradería ha existido sobre el planeta desde que hay hombres. Pero sólo comparece literariamente ante nosotros en los versos de la *Ilíada,* cuando Diomedes, que ha de realizar una descubierta en territorio enemigo, decide recabar la cooperación de Ulises: «Cuando van dos juntos —dice Diomedes—, uno se anticipa al otro en advertir lo que conviene; cuando se está solo, aunque se piense, la inteligencia es más tarde y la resolución más difícil.» Con frase que en la Grecia antigua debía de ser proverbial, Aristóteles dará expresión lapidaria a esta noble forma de la relación interhumana: «Dos marchando juntos.» Siglos más tarde, Hegel y Marx harán de la camaradería el nervio mismo de la convivencia histórica y social.

Juntos marchan Don Quijote y Sancho. ¿Para qué? ¿Tratan de conquistar algún bien objetivo? Y si es así, ¿cómo son camaradas Don Quijote y Sancho, cómo se anticipa el uno al otro en advertir lo que conviene, aunque su común acción tantas veces no logre sino el varapalo y la pedrada?

El bien objetivo que persigue Don Quijote se halla compuesto por tres ingredientes: deshacer entuertos, conseguir fama y ofrecer ésta a la soñada persona de Dulcinea.

En definitiva, la justicia en el mundo, la gloria y la donación oblativa de lo alcanzado a la persona amada, en aras de su honor y complacencia. Sancho, a su vez, aspira a conseguir el gobierno de la ínsula, y en su defecto pollinas y doblones. En apariencia, bienes objetivos muy distintos son los que busca el caballero y los que el escudero ansía. Pero sólo en apariencia, porque en realidad vienen a ser el anverso y el reverso de un mismo logro. En la meta de las conquistas terrenales se aúnan la gloria y el botín. En la que a ellos les encandila y mueve, Don Quijote sólo quiere la gloria —y, por supuesto, la justicia—, y sólo el botín desea Sancho.

Así lo manifiesta el reiterado, casi constante empleo del «nosotros» en su conversación, sobre todo por parte de Sancho, que con ese pronombre dual se siente emparejado con su señor y ennoblecido. «Jamás *hemos* vencido batalla alguna, si no fue la del Vizcaíno» (I, 18); «Volvamos a la aldea, y allí *daremos* orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama» (I, 52). Llega un momento en que Sancho no pide ínsulas, y se ve a sí mismo —ya parcialmente quijotizado— como coejecutor de la justicia: «Si mi señor tomase mi consejo —le dice—, ya *habíamos* de estar en esas campañas, deshaciendo agravios y enderezando entuertos» (II, 71). Poco más tarde, Don Quijote le incorpora a lo que en su acción es más personal y propio, sus hazañas de caballero andante: «No ha de haber bodegón, venta ni mesón, o tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de *nuestras* hazañas» (II, 71). «¿Qué hemos de hacer *nosotros?*», pregunta Sancho en otra ocasión. «¿Qué? —le responde el caballero—. Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos» (I, 18). No es difícil advertir que el sujeto dual de esos verbos —hemos, daremos, habíamos— y de este pronombre —nuestras— es el «nosotros— de la camaradería: tú y yo como coejetutores de las mismas hazañas y como titulares y beneficiarios de la gloria que de ellas resulte. Un «nosotros» de cooperación y coposesión.

Con él se inicia el proceso de la quijotización de Sancho, tan certera y luminosamente advertida por Unamuno, Castro, Papini, Madariaga, Dámaso Alonso, Luis Rosales y Miguel Torga. La quijotización no ha llegado todavía al seno de la intimidad, a la auténtica realidad de la persona. Sólo se expresará cumplidamente cuando, ya en el lecho de muerte su señor, le anime a ser de nuevo Don Quijote: «Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como teníamos concertado...» (II, 74). Por el momento, sólo en el plano de la camaradería viven ambos lo que en uno es esencial quijotidad y en el otro incipiente quijotización.

En cualquier caso, un examen atento de los textos que muestran la camaradería sanchoquijotesca hace también patente la labilidad del «nosotros» que engendra y en que se expresa. Un desdoblamiento irónico, grave o interesado de la vinculación entre uno y otro, un regresión ocasional y fuga del «tú y yo» cooperativo a un «tú más yo» meramente aditivo, o a pique, incluso, de hacerse insolidario, surge así ante el lector. Véase en esta serie de textos, de Don Quijote unos y de Sancho los otros. De Don Quijote: «En esto de ayudarme contra caballeros has de tener a raya tus naturales ímpetus» (I, 8); «Ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía» (I, 20); «Eso que a ti te parece bacía de barbero, me parece a mí yelmo de Mambrino» (I, 25); «Para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo...» (I, 25); «Ahora te digo Sancho, que eres un mentecato, y perdóname, y basta» (I, 37); «¿Quién te mete a ti en mis cosas, y

en averiguar si soy discreto o majadero?» (II, 58); «Yo velo cuando tu duermes, y lloro cuando tu cantas» (II, 68). De Sancho: «Como yo tuviese bien de comer, tan bien, y mejor, me lo comería en pie y a mis solas, como sentado a par de un emperador» (I, 11). Y del uno y el otro, alternadamente, cuando dialogan acerca de manteamientos y dolores (II, 2 y 3). Salta a la vista el carácter puramente quijotesco de la retracción de Don Quijote a su yo, y la índole puramente sanchopancina de la de Sancho al suyo.

Son varios los autores que han visto en la percepción irónica de la constitutiva inestabilidad de lo real —el constante hacerse— deshacerse de la realidad (A. Castro), la apelación al recurso literario del equívoco (A. del Río) y de la indeterminación (L. Rosales), la ondulación de Sancho entre la picaresca y la realidad (D. Alonso), el perspectivismo idiomático (L. Spitzer), —una de las manifestaciones de la genialidad de Cervantes como fundador de la novela moderna. En ella veo yo la clave de la labilidad del «nosotros» que como camaradas forman Don Quijote y Sancho y de la frecuente visión irónica de ella en el relato de su creador. Genial escritor, genialmente sabe expresar Cervantes, con gravedad unas veces, con ironía otras, la radical libertad de sus criaturas de ficción.

La ayuda y la projimidad

En sí y por sí misma, la relación de camaradería no lleva consigo otra ayuda al camarada que la que ha menester el buen éxito de la empresa común. Pero hay otro modo de la ayuda, la que se presta al menester de un hombre, bien por ser persona a la que se conoce y estima (la ayuda de la benevolencia), bien por el simple hecho de ser hombre menesteroso (la ayuda de la projimidad, la que con el herido practica el Samaritano del Evangelio). Pues porque entre sí son amigos y porque entre sí quieren ser prójimos se ayudan mutuamente Don Quijote y Sancho.

Apurando el análisis, se hace necesario distinguir en la relación de ayuda tres modos cardinales: el consejo, la enseñanza y el auxilio. En el *consejo,* el aconsejante ilumina al aconsejado respecto de las posibilidades de su existencia, dejándole en libertad para moverse o no moverse hacia ellas. El consejo ayuda concediendo *luz.* En la *enseñanza,* el enseñante ofrece al enseñado la adquisición de un hábito valioso, que puede ser mental (saber matemáticas), estético (saber oír una sonata), moral (saber sufrir) o corporal (jugar al tenis). La enseñanza ayuda otorgando *formación.* El *auxilio,* en fin, brinda el alivio o la supresión de una deficiencia penosa, pobreza, peligro, hambre o enfermedad. La ayuda en este caso es *remedio.*

Pues bien, consejo, enseñanza y auxilio es la ayuda que mutuamente se prestan Don Quijote y Sancho.

I. El consejo es motivo constante en la convivencia sanchoquijotesca. Don Quijote aconseja a Sancho; archifamosos son los consejos qu le da para el buen gobierno de la ínsula (II, 42 y 43). Sancho, a su vez, aconseja a su señor, y en ocasiones pasándose de la raya: «Porque no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas —le dice Don Quijote—, por esta vez quiero tomar tu consejo» (I, 23); «No gastes más tiempo en aconsejarme» (I, 25); «Soy contento de hacer lo que dices, Sancho her-

mano» (, 249); «Volvamos a la aldea», propone el escudero. «Bien dices, Sancho», le responde el caballero (I, 52). Y consejos son asimismo los que le da cuando planean su salida por el camino de El Toboso (II, 2 y 7).

Sobre la diferencia entre el modo de aconsejar uno y otro, algo habrá que decir.

II. Que en el ejercicio de la enseñanza sea Don Quijote quien lleve la palma, a nadie puede extrañar: él es quien sabe quién es, no el tosco e iletrado Sancho, él ha leído libros, él es capaz de dar cumplida razón de sus aventuras. El magisterio de Don Quijote es enseñanza de bien hablar, de bien obrar, de vario y ameno saber. Sancho aprende de su señor a no confundir «gata» con «rata», no en el sentido zoológico de este segundo término, que respecto de él es bien seguro que el escudero podía aleccionar a su señor, sino en el que posee en las expresiones «rata parte» y «rata proporción»; y también a no decir «cananea» por «hacanea» , «regoldar» por «erutar» y «fócil» por «dócil». Con el bien hablar, el bien obrar, Don Quijote mete en la inculta, pero bien dispuesta mollera de su escudero reglas para conducirse con dignidad moral. «¿Qué hemos de hacer nosotros?», le pregunta Sancho. «¿Qué? Favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos» (I, 18); «Mal cristiano eres, Sancho, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho» (I, 21); «Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias» (II, 8); «Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y el sueño, en el poco comer y el mucho velar; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros» (II, 8); así en tantos casos más. Ilustra Don Quijote a Sancho, en fin, elevando su inteligencia a los saberes y decires de las personas cultas: «No fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero...» (II, 3). Y no sólo a Sancho solo, pero también a él habla Don Quijote en su famoso discurso de las armas y las letras y en el no menos famoso parlamento sobre la Edad Dorada. Más aún: hasta saberes ocultos trata de enseñarle: «De mayores secretos (que el del bálsamo de Fierabrás) pienso enseñarte» (I, 10); «Día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio» (I, 18).

Pero no es sólo Don Quijote el que enseña; también Sancho lo hace. «Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimientos en las desgracias como alegría en las prosperidades»; y con su respuesta reconoce Don Quijote su ocasional situación de aprendiz: «Muy filósofo estás, Sancho, muy a lo discreto hablas; no se quien te lo enseña» (II, 66). Algo análogo sucede cuando el Caballero de la Blanca Luna deja al hidalgo «marrido, triste y mal acondicionado» (II, 65).

El consejo, dije antes, da lugar a un «nosotros» de cooperación y coposesión. Más eficaz que él, la enseñanza crea entre el enseñante y el enseñado un «nosotros» de asimilación. Por esta vía, aun que no sólo por ella, va produciéndose la paulatina quijotización de Sancho.

III. ¿Podía faltar el mutuo auxilio entre Don Quijote y Sancho, siendo tan vivo y cordial el afecto que les unía y tan menesterosa la situación en que con tanta frecuencia se encontraron?

Don Quijote auxilia a Sancho. Le ayuda en los sufrimientos de su cuerpo, así reales como posibles: «¿Ves? Aquí tengo el santísimo bálsamo..., que con dos gotas que bebas dél, sanarás sin duda» (I, 17); «No consentiré yo que te toquen un pelo de la ropa» (I, 19). Le conforta con su compañía y su valor: «En apartándome de su merced —le dice Sancho—, luego es conmigo el miedo» (I, 23). Le sacará para siempre de su pobreza cuando reciba el premio de sus hazañas: «Me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar a quien yo quisiere; y en dándole, ¿a quién quieres tú que haya de ir sino a ti?» (I, 31).

Sancho, a su vez, auxilia a Don Quijote: «He menester tu favor y ayuda», le dice el caballero tras la desventurada aventura del rebaño de ovejas (I, 18). Muy delicada es la ayuda sanchopancina con motivo de la aventura de los batanes: «No hay que llorar, que yo sostendré vuestra merced contando cuentos desde aquí al día» (I, 20). Al punto surge el recuerdo de *La Ilíada*. En el ejército aqueo, en efecto, al relato de narraciones sugestivas se acudía para hacer menos perceptible el dolor de la cura de las heridas. Y más tiernas y delicadas todavía son las palabras de Sancho, cuando en las afueras de El Toboso tanto altera el ánimo de Don Quijote la supuesta proximidad de Dulcinea: «Ensanche vuesa merced ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana...» (II, 10).

¿Es posible descubrir alguna diferencia entre el auxilio que presta o promete Don Quijote y el que ofrece Sancho? Tal vez. Don Quijote auxilia desde arriba, desde la condición dominadora y providente —paternal— que su locura le hace soñar. Sancho, en cambio, auxilia desde abajo, desde la llana anchura de su corazón campesino. Fernández Suárez habla de la maternalidad de Sancho. Rof Carballo diría que Sancho reinstala a Don Quijote en la urdimbre afectiva de que saliendo de su aldea y su costumbre quiso desprenderse. Un mitólogo recordaría la acción confortadora y envolvente que la madre cumple y el mito de la Magna Mater simboliza. Sea cualquiera la interpretación, alguna diferencia cualitativa existe entre la ayuda que Don Quijote brinda a Sancho y la que éste regala a Don Quijote. Pero en lo humano no hay reglas absolutas, y en una ocasión es netamente paternal la conducta de Sancho con su señor: cuando le pone nombre y con él le convierte en Caballero de la Triste Figura (I, 19).

La amistad

¿Fueron amigos, genuinos amigos, Don Quijote y Sancho, además de ser camaradas y recíprocos benefactores? Aristóteles lo habría negado, porque para él no puede haber amistad sin cierta igualdad entre los amigos: *philotes isotes;* igualdad en condición social, en formación, en gustos. No era éste el caso de Don Quijote, hidalgo culto, y Sancho, rudo labrador. Pero si la igualdad en la condición y la comunidad en el rol social favorecen el nacimiento de la amistad, no puede decirse que sean requisito necesario de ella. Y menos hoy que en tiempos de Don Quijote.

Vengamos, si no, a la realidad. ¿Qué es realmente la amistad, en qué consiste esencialmente la relación amistosa? Para mí, la amistad es un modo de la relación interpersonal fundado en la benevolencia (querer el bien del amigo), la benedicencia (decir bien de él), la beneficiencia (procurar y hacer su bien) y la benefidencia (hacerle con-

fidente, para el mutuo bien, de algo verdaderamente personal); al cual, para su verdadero acabamiento social, debe añadirse la camaradería.

Que entre Don Quijote y Sancho hubo benevolencia, benedicencia, beneficencia y camaradería, palmariamente lo muestra todo lo hasta ahora dicho. ¿Hubo también benefidencia, confidencia para el bien? Es confidencia la donación de una parte de la propia intimidad, de alguna fracción de la vida que de más personal modo es de uno mismo. En tal caso, ¿hubo confidencia, la nota más genuina y característica de la verdadera amistad, entre el caballero andante y su escudero? ¿Se confiaron uno a otro, en alguna medida, sus respectivas intimidades?

A mi juicio, sí. A la intimidad pertenece lo que uno siente, piensa, recuerda, ama, cree y para sí mismo espera. Pues bien, según todas estas actividades anímicas, hubo entre Don Quijote y Sancho confidencias; en la medida en que a la amistad conviene la mutua transparencia —léase el sutil poema de Jorge Guillén «Querido amigo»—, por todas esas vías fueron transparentes el uno para el otro. Aunque en la persona de Don Quijote haya algo que a él y sólo a él puede pertenecer, eso en cuya virtud pudo decir su famoso «Yo sé quién soy». Como también lo hay en la persona de Sancho, según lo que dice a su mujer cuando ésta no entiende sus razones: «Basta que me entienda Dios, mujer, que El es el entendedor de todas las cosas» (II, 5).

Veamos ahora los varios modos en que es confidencial la amistosa relación entre Don Quijote y Sancho.

I. Confidencias tocantes a lo que uno cree que es. Las hace Sancho: «Señor, yo soy hombre pacífico, manso y sosegado, y sé disimular cualquiera injuria» (I, 15). En la declaración confidencial de su propia intimidad no puede pedirse a Sancho que sea un San Agustín o un Rousseau. Las hace asimismo Don Quijote: «Sancho amigo..., yo soy aquél para quien están guardados los peligros...»; «Yo salí de mi tierra..., por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más y no menos», le responde Sancho (I, 20).

II. Confidencias relativas a lo que se siente, se ama y se espera. La declaración de su más querido y personal secreto, su amor a Dulcinea, ¿qué otra cosa sino confidencia Don Quijote fue? Múltiples son las expresiones de la confianza del uno en el otro, pese a las ocasionales y fugaces disensiones entre ellos y en la confianza en el otro tiene su fundamento la confidencia. Sancho confía en Don Quijote: «Yo confío de su bondad y buen proceder —los de su escudero— que no me dejará, en buena ni en mala suerte» (I, 48). Tanto confía, que no duda en hacerle confidente de su gran secreto: «Esto que quiero decirte —la existencia de Dulcinea y su amor por ella— lo tendrás en secreto hasta después de mi muerte» (I, 17).

Tanta es la mutua confianza que hasta la más difícil y amarga de las confidencias llega: la tocante a la propia deficiencia y al propio fracaso: «Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso» (II, 58); «Yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos» (II, 58); «¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy el que no puede tomar arma en la mano? Pues, ¿qué prometo? ¿De qué me halago, si antes me conviene usar la rueca que la espada?» (II, 65).

III. Sí. Hay amistad, genuina amistad entre Don Quijote y Sancho. De ella tanto como de la natural querencia a decir y decirse nace el gusto de hablarse y hablarse uno a otro. A él se entrega, en demasías, a juicio de Don Quijote, la lengua de Sancho; tan-

to, que su señor llega, en una ocasión, hasta a prohibirle ese ejercicio (I, 20). Pero todos sabemos que el caballero no le va a la zaga en la afición a mover la sin hueso, y tanto ante su escudero como ante cualquiera de los seres humanos con quienes se va encontrando en su camino.

Algo más importante y grave que la entrega al gusto de hablarse nace de la amistad sanchoquijotesca: la necesidad en cada uno de ellos de que el otro exista y esté a su lado. La tiene, sobre todo, Sancho y bien vehementemente la expresa cuando tras la pelea con el Caballero de la Blanca Luna ve postrado al de la Triste Figura —«déjese deso, señor; viva la gallina, aunque sea con su pepita...» (II, 65)—, y más aún ante el casi moribundo Alonso Quijano: «No se muera, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años...» (II, 74). Mas también la siente su amo, que sin la compañía de Sancho no hubiera podido ser el caballero andante que fue, la singular persona a que llamamos Don Quijote de la Mancha. Sintió funcionalmente esa necesidad cuando, ya armado caballero, decidió volver a la aldea para proveerse de lo que necesitaba y tomar escudero, y la sintió personalmente —no sólo respecto de un escudero, también respecto al Sancho que le acompañaba— tan pronto como vivió con éste la primera de sus aventuras; recuérdese el «no me dejaré, ni en buena ni en mala suerte» de su encuentro con los cuadrilleros (I, 46).

Se necesitan entre sí Don Quijote y Sancho porque juntos forman el «nosotros» —meramente dual en su camaradería, formalmente diádico en su amistad— que, día a día, pide en cada uno la ejecución de su propia vida. Múltiples son las expresiones de ese esencial menester. «Quiero..., que seas una mesma cosa conmigo —dice Don Quijote a Sancho en los primeros días de su vida en común—, ... porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo que del amor se dice: que todas las cosas iguala» (I, 11). Sin proponérselo, Don Quijote está afirmando y rebatiendo a la vez la tesis aristotélica de la igualdad entre los amigos. Tan igual e identificado se siente con la persona de Sancho, no con el escudero que Sancho es, que concibe en su corazón el propósito de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofrezca (I, 44). «Parece que los forjaron a los dos en la mesma turquesa», dice de ellos el Cura; y Don Quijote lo ratifica con vehemencia: «Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos...; y cuando a ti te manteaban, más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo» (II, 2). Otro tanto cabe decir de Sancho, al cual, como de él escribe su creador, «se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón» cuando su señor le amenaza con prescindir de su servicio (II, 7). Sancho acompaña a Don Quijote porque así se lo piden su necesidad y su esperanza, no sólo porque su ambición de soldada y recompensa le mueva a ello (II, 5).

Es célebre la frase con que Montaigne dio razón de su amistad con La Boëtie: «Porque él es él y porque yo soy yo». Muy cierto, en la génesis de la amistad entre dos personas tiene parte esencial lo que cada una de ellas es. Pero también la tiene el hecho de que, para expresar acabadamente la razón de la amistad, sea preciso añadir la frase precedente el «nosotros» a que la relación amistosa aspira y que en ella formalmente se constituye. Don Quijote y Sancho hubieran podido completar a Montaigne diciendo: «Somos amigos porque él es él, porque yo soy yo y porque juntos los dos somos

nosotros». Un «nosotros» no sólo de cooperación y coposesión, como el que engendra la camaradería, ni sólo de asimilación, como el que suscita la enseñanza, sino de comunión, que éste es el verdaderamente propio de la amistad. Con gran fuerza y belleza supo expresarlo Américo Castro: «Don Quijote sacó de sí mismo a Sancho, de la necesidad que sentía de él— como un Adán que, para integrarse, se desposeyera previamente de una costilla. Así, todo quedará dentro de la casa, aunque ésta y sus habitantes mantendrán viva la conciencia de su dualidad y de su unidad.»

Los textos precedentes muestran claramente cómo uno y otro viven la conciencia de esa unidad. El desdoblamiento de ella, gravemente sentido por Don Quijote y Sancho en algunas ocasiones, irónicamente expresado por su creador en otras, hace patente la conciencia de esa dualidad.

No son pocos los trances en que tal dualidad se manifiesta: la risa de Sancho en la aventura de los batanes (I, 20), el diálogo sobre su mucho hablar (I, 20 y 21), la discusión acerca de su sueldo como escudero(II, 7) y sobre si da más fama resucitar a un muerto o matar a un gigante (II 8), la separación entre él y Don Quijote en la casa del Caballero del Verde Gabán, Sancho con don Diego de Miranda y su grata y bondadosa, pero prosaica, llaneza; Don Quijote con Lorenzo, el hijo de don Diego, y con su arriesgada vocación poética (II, 18). «Sancho nací y Sancho pienso morir», dice Panza en una ocasión (II, 5); «¿Quién te mete a ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto o majadero?», dirá en otra Don Quijote (II, 58). Pero acaso ningún texto exprese tan finamente el desdoblamiento irónico entre el caballero y el escudero como la respuesta con que Don Quijote dirime la credibilidad de lo que uno y otro habían visto en su viaje a lomos de Clavileño: «Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más» (II, 41).

Juntos Don Quijote y Sancho, los dos forman un «nosotros» que nos engloba, nos totaliza y nos obliga, porque secretamente nos impulsa a ser más hombres y a serlo mejor. «Cervantes, toda la naturaleza», dice un verso de Dámaso Alonso; y en el centro de esa total naturaleza, añado yo, la varia convivencia entre las dos más insignes criaturas cervantinas. Genial Cervantes.

PEDRO LAÍN ENTRALGO